

LGTBQ+

Todo el mundo tiene a alguien menos yo

Raúl Fuentes. México. 2012. 95 min. ByN. v.o.s.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *Todo el mundo tiene a alguien menos yo.*

Nacionalidad: México. **Año de producción:** 2012.

Dirección: Raúl Fuentes.

Guión: Raúl Fuentes.

Producción: Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC).

Productor: Armando Casas, Carlos Taibo.

Fotografía: Jeronimo Rodriguez-Garcia.

Montaje: Silvia Lucero.

Ayte. de dirección: Francisco X. Rivera.

Música: Mariana Uribe.

Sonido: Matías Barberis, Evelia Cruz, Valeria López Mancheva.

Maquillaje: Mariana Gandía.

Intérpretes: Andrea Portal, Naian González Norvind, Tamara Mazarraza, Antonio Monroi, Gimena Gómez, Ricardo Mestre, Paola Torres Rico, Isabel Aerenlund.

Duración: 95 min. **Versión:** v.o.e. ByN.

SINOPSIS

"Todo el mundo tiene a alguien menos yo" es la historia de Alejandra, una mujer de treinta y tantos años que conoce a María, una hermosa adolescente de dieciséis. Se enamoran y viven un tórrido romance. El problema es que Alejandra es una persona sumamente aprensiva y fuertemente convencida de cómo deberían ser las cosas.

COMENTARIO

Al entrar a la película podríamos desviar la atención hacia *La vida de Adèle* (Francia-Bélgica-España, 2013) que igual que la propuesta de Raúl Fuentes narra la relación amorosa de una pareja compuesta por mujeres y de la que, gracias a un par de comentarios y miradas que se desvían, sabemos que también seremos testigos de su desintegración. Las diferencias, sin embargo, aparecen al poco y no lo digo solamente por el buen uso del blanco y negro en la película de Fuentes (al contrario de las bonitas composiciones a partir del azul que se logra en los encuadres de Kechiche).

La principal divergencia entre las cintas es el punto de vista. Mientras Kechiche se centra (anunciándolo en el nombre de la película) en Adèle -chica típica de clase media proveniente de un entorno social trabajador-, Fuentes opta por narrar todo desde la óptica de Alejandra, la mujer mayor en la relación, perteneciente a la clase alta y culta de la sociedad, en este caso capitalina). Una vez más el choque social empatado al choque de personalidades y entendimientos de su amor marcaba una desviación hacia el trabajo de Kechiche, pero además de que resultaría injusto (la película mexicana fue producida el año pasado) era también inapropiado. En *La vida de Adèle* se habla del amor, sí, pero el choque social toma protagonismo y a pesar de la enorme, y demandante, propuesta estética, esa parte social es al final muy importante en el relato.

Todo el mundo tiene a alguien menos yo es también una propuesta estética pero en una ruta distinta, mucho más romántica. Hay más Godard que en Kechiche y maneja un desarrollo del encuadre distinto. El amor precipitado de su historia espeja en los blancos y los negros (Alejandra es morena y su adolescente amante, María, es rubia), prácticamente toda la cinta las vemos





de perfil -como enfrentadas- o en divertidos desplantes en los que el encuadre las muestra dividiéndose, separándose, como en una mitosis de desamor y de opiniones encontradas. Brillos, cabellos relucientes, nucas, voces que juegan como elipsis, choques entre caos y terrenos pacíficos (la salida de la fiesta por ejemplo); conversaciones en las que la cámara las abandona para bajar un piso en algún lujoso departamento de la ciudad, o para subir a una recámara abandonada ante el inminente rompimiento. Esa es probablemente la mayor cualidad de la cinta: la ambición pro Godard, la frontalidad de los personajes estilo Passolini... Más allá, en su exploración del amor a través de su ambición estética, en el diálogo físico de sus personajes y en sus ganas de hablar, la cinta resulta a veces fresca y otras incluso divertida, metida en los vapores de las comedias románticas mexicanas de los sesenta aunque ésta respirando ya los aires libres de la segunda década del siglo XXI.

CINE GARAGE. ERIK ESTRADA. 2013.
<https://www.cinegarage.com/cat/tag/2013/11/22/04/07/33/criticas/erick/25344-todo-el-mundo-tiene-a-alguien-menos-yo-critica/>

Como protagonistas de la cinta tenemos a Alejandra, una treintañera que se dedica a la edición literaria, y a María, una adolescente de alrededor de unos 16 años, que cursa la secundaria. A pesar de ello, su relación amorosa se ve con total naturalidad a lo largo de la película; no se trata de los habituales conflictos de las parejas imposibles socialmente (Romeo y Julieta, como ejemplo paradigmático), sino de los

conflictos que nos son propios a todos los seres humanos y que van ligados con nuestras dificultades para establecer vínculos afectivos. Esto me parece un gran acierto del director, que en muchas de sus entrevistas en línea, señalaba que su intención no era hacer cine gay, que por el contrario, hacía referencia a situaciones que podían presentarse a cualquier pareja o a cualquier persona. En ese sentido, considera que no deberían existir festivales o películas con esta etiqueta, pues el cine, en general, lo que hace es narrar historias, sin importar la preferencia sexual de sus protagonistas.

Y tratándose de dramas humanos relacionados con el amor de pareja, por lo general en nuestra búsqueda de la media naranja siempre tratamos de encontrar a alguien en quien reflejarnos, como si de un espejo se tratara (si así de fácil fuera, creo que la madrastra de Blancanieves tendría mucho avanzado). En la medida en la que ese otro nos devuelve una imagen que creemos nuestra, caemos rendidos por las flechas de Cupido y a partir de este momento todo es perfecto. En la película, Alejandra no logra encontrar ese espejo que le devuelva su imagen, esa que se ha construido a partir de muchas lecturas; así que opta por acercarse a María, una jovencita a quien creía poder moldear a su semejanza.

Y esto es lo que nos hace pensar la primera parte de la película, que corresponde al intermedio de la historia lineal. En esta parte vemos a una Alejandra sofisticada,

con un bello apartamento y un buen carro, paseando a María por los museos, bares y restaurantes finos, disfrutando de escucharse a sí misma educando a la jovencita (cual Henry Higgins dando forma a su Eliza Doolittle en *My Fair Lady*). Pero poco antes de llegar a la mitad de la historia, cuando ya vemos las escenas de celos de Alejandra al descubrir que no puede controlar a la independiente María; nos encontramos con otra faceta de las protagonistas.

Ahora vemos a Alejandra con el cabello recogido, sin maquillaje y en chanquetas, comiendo en un restaurante de comidas rápidas y comprando una entrada para ir al cine. Aquí nos topamos con la insegura Alejandra, que está sola dada su dificultad de relacionarse con otras personas y por las grandes exigencias que les impone a sus posibles parejas. No sorprende en ese sentido la frase de Alejandra cuando le enuncia a María las reglas del maquillaje, y destaca como la principal: «*el lipstick solo se intercambia entre gente inteligente*».

Adicionalmente, el uso del blanco y negro muestra la radicalidad con que Alejandra lo juzga todo; no es posible la variedad de colores y tonos, las cosas son buenas o malas, solamente. Y este se convierte en uno de los puntos fuertes de la película: la fotografía. Además de la belleza que le da el uso del blanco y negro, las tomas que se realizan de las protagonistas nos permiten acercarnos a esa relación imposible, signada por el fracaso, pero que en algún momento dado se nos presenta en pantalla como una relación ideal, donde las amantes parecieran compenetradas no solo en lo físico, sino en lo emocional y lo intelectual. Al final todo es un ardid, como lo son siempre los enamoramientos, porque desde el inicio los amantes se encuentran para hacer a un lado la soledad y para hallar en el otro la respuesta a la eterna pregunta de quiénes somos, sin tener en cuenta que muchas veces la otra persona ni siquiera se ha encontrado a sí misma, mucho menos podrá hallarnos a nosotros.

REBECA RAMÍREZ HERNÁNDEZ. 2014. SEMANARIO UNIVERSIDAD.
<https://historico.semanariouniversidad.com/opinion/todo-el-mundo-tiene-a-alguien-menos-yo/>